

Olga Xirinacs

Viene la estudiante de periodismo (ninguna de las que aparecen por aquí dice *Ciencias de la Información*) y será una entre las varias que irán pasando por casa a lo largo del curso. Tomará café conmigo mientras charlamos y apreciará la vista desde mi ventana, como casi todas: «¡Ese mar tan hermoso!». Trae su mochila y saca los cuadernos y la grabadora, que deja encima de la mesita. Repasa sus apuntes, me mira mientras sonrío vagamente y plantea la primera pregunta:

—¿Por qué escribe usted sobre el tema de la muerte?

Yo le digo que no más que otros autores, y es verdad. Pero ya de chica me gustaban las novelas de misterio y de cierto terror creíble, y ahora también, aunque soy más exigente con ellas. Luego quise escribir algunas, y ahí están mis cuentos, en libros y periódicos. Luego pensé en la muerte



como fantasma que ronda. Para librarme de él, escribí novelas y poemas. Me figuro que lo vencí, porque ya no me preocupa.

He escrito libros para niños y jóvenes. He escogido lugares y temas familiares y curiosos: un mercadillo callejero; un faro en verano; una tertulia telefónica; un remolcador del puerto; los árboles que vemos; el mar que tengo enfrente.

He nacido y vivo ante el mar, que es un lugar sin fronteras, abierto a la aventura y al viaje. Disfruto preciosos amaneceres sobre el mar. Por las playas pasean los enamorados al atardecer. Del puerto pueden escribirse centenares de historias, con barcos, marineros y pescadores. Mientras voy contándolas pasan los años, y ésta es mi vida diaria en Tarragona.

Esto le digo a la estudiante mientras tomamos café. Se terminó la entrevista y promete volver otro día.

Bibliografía (selección)

Obra poética

- Botons de tiges grises*, Barcelona: Proa, 1977.
Clau de blau, Tarragona: IEC, 1978.
Llençol de noces, Barcelona: Proa, 1979.
Preparo el te sota palmeres roges, Barcelona: Vosgos, 1980.
Marina, Barcelona: Empúries, 1978 (Premio de la Crítica).
Llavis que dansen, Barcelona: Proa, 1987 (Premio Carles Riba 1987).
La pluja sobre els palaus, Barcelona: Enciclopèdia Catalana, 1990.

La muralla, Barcelona: Columna, 1993.

Obras en prosa

- Música de cambra*, Barcelona: Destino, 1982.
Interior amb difunts, Barcelona: Destino, 1982 (Premio Josep Pla 1982).
El meu cap una llosa, Barcelona: Proa, 1984 (Premio Sant Jordi 1984; Premio de la Crítica 1986).
La mostela africana y altres contes, Barcelona: Destino, 1985.
Zona marítima, Barcelona: Planeta, 1986.
Mar de fons, Barcelona: Planeta, 1988.
Relats de morts y altres matèries, Barcelona: Destino, 1988.

Tempesta d'hivern, Barcelona: Columna, 1990.

Enterraments lleugers, Barcelona: Edicions 62, 1991 (Premio Sant Joan).

Josep Sala o l'equilibri dels déus, Barcelona: Columna, 1993.

Cerimònia privada, Barcelona: Columna, 1993.

Sense malícia, Barcelona: Edicions 62, 1994 (Premio Ciutat de Palma 1994).

El far del capità, Barcelona: El Arca de Junior, 1994.

Patates fregides, Barcelona: Edebé, 1994.

Sóc un arbre, Barcelona: Edebé, 1994.

Xocolate, Barcelona: Columna, 1994.

Angelitos

por Olga Xirinacs

Faustina Ruiz es una estudiante de periodismo en prácticas. Su periódico la manda a Tremedal para que escriba un reportaje sobre el caso del cementerio. Se dice que en Tremedal, sólo a veinte kilómetros de la ciudad, los niños del pueblo suelen jugar en el cementerio. A veces se meten por donde no deben y sacan al aire los huesos de los muertos. Entonces alguien se entera y pone el grito en el cielo por tamaña irreverencia. El periódico de la ciudad piensa que para la revista del domingo estaría bien un tema con morbo.

De manera que se lo encarga a Faustina Ruiz, ésta coge el Micra y se presenta en el pueblo el jueves por la tarde.

Tremedal está en la falda de una colina que tiene abajo el río con álamos y arriba un bosquecillo de hayas. El cementerio está detrás del pueblo, antes de llegar al bosque. Es el 10 de septiembre y todavía lucirá el sol unas buenas horas. Faustina ve el paisaje precioso, con sombras azules y tostadas, y el cementerio bordeado de paredes bajas pintadas de blanco. Los nichos le parecen un barrio de casitas con jardín. Le gusta aquello.

Antes de meterse en el pueblo Faustina quiere ver las tumbas de que le han hablado en su periódico. Ladra algún perro y se escucha a los niños reír jugando. Están en vacaciones y aprovechan los últimos días. Aparca el Micra en la puerta del cementerio y entra a curiosear para tomar las primeras notas. Pasea despacio. Mira las coronas con flores y colores y los ramos en sus jarritos con agua limpia. Hay cruces de metal, retratos antiguos y nuevos, angelitos y figuras, columnas y arcos.

Sin darse cuenta llega a un panteón que tiene dos ángeles grandes de mármol guardando la entrada. Se asusta porque un ángel le habla:

—¿Quién eres?

—Faustina Ruiz..., pero venga ya, sal de aquí detrás, que te he visto.

Aparece una niña rubita con camiseta a rayas.

—¿Por qué te escondes detrás del ángel? —pregunta Faustina.

—Es mi amigo y hablamos. Mira.

Coge de la mano a Faustina y la lleva detrás del panteón. Tiene allí una cocinilla de juguete y un cestillo de manzanas silvestres. Al lado hay una mochila de colores.

—Cocino para los ángeles. Siempre tienen hambre, sobre todo los más chicos. ¿Oyes como lloran?

Faustina Ruiz no oye otra cosa que el piar de los gorriones y de los mirlos en los cipreses. Y otra risa detrás. Es un niño con mochila a la espalda.

—¿Cómo os llamáis?



MARIA RIUS.



MARIA RIUS.

—Yo Luisanda y éste Luisón. ¿Quieres manzanas?

—No, gracias, ahora no tengo hambre. Sólo paseaba por aquí. Me gusta esto. Parece un jardín con casitas.

—Y niños chicos llorando. Escucha.

Faustina Ruiz oye entonces un quejido débil. Puede que Luisanda tenga razón. Y se le pone la piel de gallina. Va a marcharse, pero los dos niños la cogen de la mano.

—Te enseñamos nuestra casita. Ven. Meten los juguetes en la mochila

vacía y van juntos hasta la pared trasera, al final de todo. Huele bien a ciprés y florecen algunas rosas plantadas en parterres. Apuntan los primeros crisantemos. Este pueblo cuida bien a sus muertos. Faustina Ruiz ve, al pasar, las figuras en mármol de una Virgen dolorosa con su hijo en brazos; de un ángel llevando un alma envuelta en una sábana; varios crucifijos, coronas y estatuas de gente desconocida en piedra y mármol. A pesar del calor, empieza a sentir frío.

Llegan a un pequeño cobertizo con puerta. Los niños abren y se meten dentro con Faustina. Está oscuro y encienden una vela. Allí tienen mesa, cojines, más velas, montones de flores artificiales y jarros de cristal rotos. Aquello huele a tierra y moho. Sacan un librote de tapas gruesas y hojas amarillentas.

—Te apuntamos, ¿vale? Pareces simpática. Mira, ahí llegan Marianín y Marianela. Hola. Ésta es Faustina, es nueva, no la asustéis.

colección Ciencias

HISTORIA Y RELACIONES SOCIALES DE LA GENÉTICA

EDITORIAL FONTALBA

HISTORIA Y
RELACIONES SOCIALES
DE LA GENÉTICA

¿Por qué unas determinadas ideas científicas o ciertas tecnologías surgen en un momento dado?

¿Cuál ha sido la relación entre la genética y la sociedad a lo largo de la historia?

Formato: 21 x 14,5 cm
Páginas: 192
Fotografías e ilustraciones
ISBN: 84-85530-43-8

P.V.P.: 950 ptas. (incluido IVA)

Pídalo a su librero o
contrarreembolso a:

**Editorial
Fontalba, s.a.**

Pérez Galdós 36
08012 - Barcelona (España)

TINTA FRESCA



Faustina está inquieta. Ahora oye llantina de niños chicos muy cerca. Los recién llegados Marianín y Marianela llevan también mochilas de nailon a la espalda y se ríen. Le preguntan:

—¿A qué has venido? ¿Se te ha muerto alguien?

—Soy periodista y escribo un reportaje sobre Tremedal.

—¡Ah! Pondrás cosas bonitas, ¿verdad? Nosotros cuidamos a los chiquitines para que no lloren. Les damos comida. Ven a verlos.

Abren una puerta en la pared y aparecen varias cabezas de angelines de mármol con las alitas rotas. Los sacan y los mecen en brazos. Les han pintado de rosa mejillas y labios, como nenos coloretudos. Parece que lloran débilmente. Faustina Ruiz está fascinada. ¿De dónde saldrá el llanto? Mientras, Luisanda y Luisón apuntan su nombre en el libro de visitantes y lo guardan en el cajón.

—Nos tenemos que marchar. A las siete viene el guarda.

Salen juntos por la puerta principal y Faustina respira hondo. No sabe por qué, tuvo miedo allí dentro. Luego se ríe, aliviada. Sólo son niños. La miran subir al Micra y se acercan.

—Mira, aquí llevamos los gatos.

Le enseñan las mochilas. Sacan gatitos pequeños que maúllan débilmente. Ésos eran los llores que le pareció escuchar.

—¿A que pensaste que lloraban de verdad? Todos los forasteros lo creen, y después cuentan cosas por ahí, ja, ja. Hasta luego, Faustina.

Faustina decide no escribir nada de aquello y hace sus preguntas por las tiendas del pueblo. Siempre la misma pregunta:

—¿Ustedes creen que pasan cosas raras en su cementerio? ¿Han puesto alguna denuncia?

Todos contestan lo mismo:

—¡Qué denuncia ni qué niño muerto! Aquí todo está en paz. Tanto, que nuestros hijos se atreven a jugar tranquilos hasta en el cementerio. Como hicimos nosotros, y nuestros padres también. Ande usted con Dios.

Faustina Ruiz vuelve de noche a su periódico. Escribe un reportaje precioso, donde se dice que los niños de Tremedal juegan al corro en el cementerio mientras los angelitos de mármol persiguen a los gatos dándose de cabezazos entre las tumbas.